

# EREBEA

Revista de Humanidades  
y Ciencias Sociales  
Núm. 2 (2012), pp. 255-269  
ISSN: 0214-0691

## EL ESCRITOR EN LA ERA DIGITAL (UN ELOGIO DE LA SEGUNDA TEXTUALIDAD)\*

José Manuel Lucía Megías  
*Universidad Complutense de Madrid*

---

### RESUMEN

La tecnología digital ha venido a cambiar nuestros modos de difusión de la información y del conocimiento. Pero más allá de los problemas suscitados en los últimos años sobre la pervivencia o no de los modelos culturales y empresariales, que nacieron con la tecnología de la imprenta en los siglos XV y XVI, en la era digital, los modelos de difusión de los testimonios en diferentes proyectos (Google Libros, Europeana, Biblioteca Digital Mundial), nos obligan a incidir sobre la verdadera naturaleza del cambio de paradigma que estamos viviendo: la segunda textualidad, que ofrecerá sus mejores resultados en los próximos años.

---

### PALABRAS CLAVE

humanidades digitales; texto digital; bibliotecas digitales; plataformas de conocimiento; internet; web.

Fecha de recepción: 12 de febrero de 2012

Fecha de aceptación: 1 de marzo de 2012

---

---

### ABSTRACT

Digital technology today is rapidly changing the ways we exchange information and knowledge. Beyond the problems raised by the survival of cultural and commercial models tied to the development of printing during the fifteenth and sixteenth centuries, the digital era brings such projects as Google Books, Europeana and the Worldwide Digital Library. Given the scope and speed of change, we need to examine the nature of this new paradigm of exchange, a second textuality whose results will be still more impressive in the years to come.

---

### KEYWORDS

digital humanities; digital text; digital libraries; knowledge platforms; internet; the world wide web

---

\* Este estudio se ha realizado gracias a los proyectos de investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología: *Plataforma Cervantes*: FFI2009-11483 e *Historia de la métrica medieval castellana*: FFI2009-09300. Las humanidades Digitales han visto multiplicarse las monografías en los últimos años; remito tan solo a una serie de trabajos recientes, base para el siguiente trabajo: P. CASTELUCCI. *Dall'ipertesto al Web. Storia culturale dell'informatica*, Bari: Laterza, 2009; J. M. LUCÍA MEGÍAS. *Elogio del texto digital*, Madrid: Fórcola, 2012; F. METTIERI. *Il grande ingano del Web 2.0*, Bari-Roma: La-

---

terza, 2009; R. MORDENTI. *L'altra critica. La nuova critica della letteratura fra studi culturali, didattica e informatica*, Roma: Meltemi, 2007; T. NUMERICO, T. FIORMONTE, F. DOMENICO y TOMASI, Francesca. *L'umanista digitale*, Bologna: Il Mulino, 2010; G. RONCAGLIA, Gino. *La quinta rivoluzione. Sei lezioni sul futuro del libro*, Roma: Laterza, 2010; P. L. SHILLINGSBURG. *From Gutenberg to Google*, Cambridge: Cambridge University Press, 2006; F. TOMASI. *Metodologie informatiche e discipline umanistiche*, Roma: Carocci, 2008.

## SOPORTE Y TEXTO: EL ESPEJISMO DE LA GALAXIA GUTENBERG

Todo cambio tecnológico, como el que estamos viviendo en los momentos actuales, conlleva una reflexión y un análisis de las transformaciones económicas e industriales que conlleva. ¿Acabará el libro digital con la potente industria editorial creada a partir del siglo XVI? No me cabe duda que acabará con muchos de los modelos de negocio hasta ahora habituales. Así sucedió en el siglo XV con la floreciente industria de la copia de libros manuscritos, que se frotaba las manos pensando en sus enormes ganancias por la demanda creciente de libros y de copias (sin darse cuenta de que este mercado sería atendido en los años posteriores por la nueva tecnología de la imprenta manual), o también en el siglo XIX cuando la impresión industrial (que consagró los modelos de grandes corporaciones editoriales de las que somos directos herederos en la actualidad) desbancó muchos de los modelos tradicionales de negocio de la industria de la imprenta manual. Pero aún siendo la industria, el complejo sistema para sacarle un beneficio económico a la creación y difusión de objetos que permita difundir los textos, un tema recurrente en todos los coloquios que analizan el presente y el futuro del “libro electrónico”, me interesa más centrarme en el “texto digital”, en sus posibilidades y oportunidades a partir de la difusión de un nuevo soporte. Como ha sucedido en nuestra cultura occidental desde el siglo IX a. C., la aparición de un nuevo soporte, de una nueva tecnología, como la imprenta en el siglo XV, ha de entenderse como un eslabón más de un sistema mucho más complejo, en el que los cambios al modelo actual del “ecosistema del libro” son solo una parte, una pequeña parte. Insignificante. ¿Acaso alguien recuerda ahora a la floreciente industria del papiro, el monopolio de su cultivo y distribución que dominaban con mano férrea los Ptolomeos; o la industria de los *scriptoria* profesionales, las copias de manuscritos a lo largo y ancho de la Edad Media, dejando a un lado esa falsa imagen de que durante el Medioevo solo en los conventos y monasterios se copiaban textos?

Desde la oralidad a la escritura, desde los diferentes soportes que la escritura ha ido utilizando para difundir y conservar sus discursos, el texto ha sufrido diferentes mutaciones a lo largo del tiempo. Frente al texto abierto, al que solo se hace realidad en su representación oral, en que los signos son solo un punto de partida que es completado con la intervención y reacción del receptor, como le

sucede al texto oral, hasta la configuración final y cerrada del texto escrito actual, inalterable gracias a las normas con que lo hemos ido vistiendo a lo largo de los siglos, hay un arco tenso de posibilidades textuales. Y no pienso tanto en géneros y en experimentaciones (que son solo la punta del iceberg de cambios mucho más profundos y duraderos) como de verdaderas transformaciones de configuración y de naturaleza. El texto oral ofrece una continuidad que el rollo, para la tecnología de la escritura, parece mantener... un texto que se alarga, que se acorta, un texto que, incluso cuando está escrito, se presenta como una unidad que solo las pausas de lectura lo pueden fragmentar. Pero tanto el texto oral como el difundido por el rollo tienen una limitación: la extensión. De ahí que cuando en la Biblioteca de Alejandría se vayan a canonizar los primeros textos escritos (comenzando con la obra de Homero) y se intente rescatar la voz del autor dentro del griterío de las voces de la transmisión, se va a dividir el texto original de las epopeyas homéricas en cantos, en unidades textuales que se correspondían a la cantidad de texto que podía albergar un rollo para ser utilizado como soporte de lectura, sabiendo que esta división textual nada tenía que ver con el texto original ni con los modos y usos de su difusión oral. Los textos griegos y, sobre todo, los romanos, son textos que se conservan y difunden en la escritura (triumfante desde el siglo IV a.C., aunque ya utilizada por los griegos en el siglo IX a.C.), pero que se componen y se difunden a partir de modelos muy cercanos a la oralidad: lecturas públicas en que el texto se va configurando antes de su versión definitiva; uso de fórmulas y motivos que permiten una mayor memorización, invocaciones continuas al lector (o el oídor), ya que solo en la comunicación con el mismo el texto se completa realmente, y en la lectura siempre en voz alta, que se mantendrá como el medio habitual de recepción –frente a nuestra lectura silenciosa- hasta bien entrado el Renacimiento. Lectura social y colectiva frente a la lectura individual.

El triunfo de un nuevo soporte, como lo es el códice, que nace en Roma para triunfar en la Edad Media, de la mano del pergamino y de la extensión del cristianismo, conllevará dos grandes transformaciones, que, con el paso del tiempo, irán conformando un modelo textual del que somos directos herederos: por un lado, una mayor capacidad de almacenamiento de la información, que permitirá la creación de un nuevo modelo textual difícil (por no decir imposible) en los modelos orales y de escritura del rollo de épocas anteriores: la compilación. Pero además la propia forma del soporte impone un cambio esencial abandonando la idea de *continuum*: la división de la lectura en “páginas”, en unidades en que la información está organizada, y siempre en la misma posición, inalterable. Gracias a este cambio, será posible, con el tiempo, el desarrollo de la “ordinatio”, de realizar índices o tablas, es decir, mecanismos de acceso a la información sin tener que pasar por la lectura lineal y su memorización. La compilación nace con los textos religiosos, litúrgicos y exegéticos, pero a partir del siglo XII, con el triunfo del papel, nos encontraremos con que el mismo modelo pasará a la literatura, y

la experiencia románica es esencial: de las compilaciones históricas, hagiográficas o marianas se pasará en el siglo XIII a las compilaciones caballerescas con el Rey Arturo a la cabeza y a los ciclos épicos, en un curioso y necesario espacio común entre la oralidad y la escritura medieval. Y con este cambio en el soporte también se consumará un paulatino cambio en la lengua, con el latín que va compartiendo con las románicas y las germánicas espacios de difusión y de conservación, de “trascendentalidad” según Aurelio Roncaglia.

La imprenta, el invento de Gutenberg a mediados del siglo XV tenía una única pretensión: aprovechar el floreciente comercio de copias manuscritas con una nueva tecnología que permitiera multiplicar los ejemplares y así ofrecer productos más económicos. Los primeros incunables (y algunos de los últimos también) imitan tan a la perfección a los manuscritos, que durante décadas y décadas han sido catalogados como códices manuscritos sin haberse dado cuenta de su verdadera naturaleza. La imprenta, a pesar de los discursos propagandísticos del siglo XV y de algunos estudios modernos, especialmente anglosajones, colocó más “ejemplares” en el mercado, pero no hizo ni más sabios ni más cultos a los europeos del momento. Lo que sí vino la imprenta es a consolidar un nuevo modelo textual que se había generalizado en el ámbito del manuscrito humanístico: frente a la unidad textual que ofrecía el códice y el modelo de compilación (en que el contenido global prima sobre los contenidos parciales de cada texto), se va a imponer ahora el modelo de “libro unitario”, en que la unidad textual se relaciona directamente con la unidad física del libro, al margen de su extensión, tema o autoría. Este es nuestro modelo actual de libro, heredero de la imprenta del siglo XVI, que, poco a poco, se va a ir distanciando de la forma externa del manuscrito, a medida que se va convirtiendo en una industria, es decir, en un complejo mecanismo que pretende un beneficio económico a partir de la comercialización de un producto (en este caso libros)... industria que se va a ir especializando con el tiempo aunque al principio son numerosos los inversores (de los que solo sabemos su existencia gracias a las licencias o privilegios de impresión) que, junto con los libros, invierten en la venta y difusión de otros productos, como telas, inmuebles, productos agrícolas, etc. Un caso paradigmático de esta amplitud de miras puede ser el propio Jacobo Cromberger, uno de los editores e impresores sevillanos más importantes de los primeros decenios del siglo XVI, que basa parte de su fortuna en el mercado inmobiliario de la Sevilla del momento.

La industria editorial que busca compradores antes que lectores (así desde el siglo XVI y así en nuestros días) va a imponer unas limitaciones en los textos, que se verá agravada por las guerras religiosas del siglo XVI, que tendrán en las prensas (en los “soldados de plomo” de lo que habló Gutenberg) uno de sus campos de batallas: por un lado, un control de contenidos, una constante censura (primero de lo publicado y después también de lo impreso y de lo conservado en las bibliotecas); y por otro, el control comercial, por lo que se van a imponer unas

estructuras de las que somos herederos todavía hoy, basados en un único modelo comercial: impresión de ejemplares físicos que han de colocarse lo antes posible en librerías y ferias para conseguir su venta en el menor tiempo posible, y así recuperar la inversión económica que se ha realizado. No sabemos hasta qué punto la censura previa nos ha privado de nuevos experimentos textuales en el siglo XVI, pero lo cierto es que la imprenta vino a consolidar una forma de escritura en que, poco a poco, el texto se fue cerrando, se fue volviendo inalterable, frente a la tecnología de la escritura manuscrita que, como la oral, permitía realizar cambios en los textos que se copiaban para actualizar sus contenidos (además de su lengua) a los nuevos lectores que demandaban unas determinadas obras, que son las que se copiaban.

Los derechos de autor (reconocidos en el siglo XVIII, si queremos a partir del *Estatuto de la reina Ana*, aprobado por el parlamento inglés en 1710), el triunfo del Romanticismo en el XIX, con la glorificación del autor y del paso de la “imitatio” a la “ruptura” como modelos culturales (que tendrá su explosión en las vanguardias del siglo XX) y la mejora en la tecnología de la impresión con la imprenta industrial, han hecho que el “texto impreso” resulte un “texto cerrado”, un texto que en ocasiones puede ser secuestrado por las editoriales, por los usos comerciales y por las estrategias económicas impulsadas en cada momento. En otras palabras, el modelo de texto cerrado tal y como hoy lo conocemos –que se convierte en referente único de algunos estudios sobre las ventajas del hipertexto nacidos en Estados Unidos, con los influyentes estudios de Landow a la cabeza-, resulta ser un modelo de texto que solo tiene razón de ser en el siglo XX... heredero de los grandes cambios vividos en el siglo XIX.

La irrupción y triunfo del mundo digital parece que tiene conmocionada a la industria editorial, a la nacida en el siglo XVI. Pero no es la primera vez que la industria editorial tiene que enfrentarse al triunfo de un nuevo medio de difusión de la información y del conocimiento... ya le sucedió en el siglo XIX cuando, gracias a la revolución industrial, la prensa periódica consiguió romper el monopolio que los libros impresos poseían para la difusión de la información y de la literatura. De 1814 se data la primera prensa cilíndrica movida por vapor que permitió la edición de miles de ejemplares diarios del periódico *The Times*, fundado en 1785. Y en la década de 1837 a 1847 la prensa dará el salto a la literatura con la publicación en Francia de los primeros folletines, de los primeros textos escritos por Balzac, Eugenio Sue o Alejandro Dumas; una literatura de rápido consumo que llega al mayor número posible de lectores al incorporarse en las franjas finales de los periódicos o en cuadernillos insertados en sus páginas. Lectura de folletín cuyo contenido podía ser modificado según los gustos o la reacción del público. A fin de cuentas, los periódicos, ayer y hoy, quieren informar pero, sobre todo, vender ejemplares.

La industria editorial del siglo XIX, frente a los nuevos modelos industriales de libros que se estaban planteando (con innovaciones en la impresión, en la

ilustración, en la distribución...), se las ingeniaron para crear nuevos modelos editoriales que les permitiera sobrevivir: el libro de artista, el libro de autor, el libro para bibliófilos... además de impulsar modelos que querían afianzarse a nuevos mercados y públicos, como el libro de lujo. El proceso fue similar al que se dio con la industria del códice manuscrito ante la irrupción y triunfo de la industria del libro impreso en los siglos XV y XVI: especializarse en diferentes modelos comerciales en que podían hacer competencia a las nuevas tecnologías, y no tanto lamentarse de la pérdida del monopolio y modelos antiguos de negocio. La copia de los códices manuscritos no se terminó en el siglo XVI: desde la copia de códices lujosos (los cantorales, los códices litúrgicos, los libros de horas...), de piezas únicas (las cédulas de hidalguía), o de géneros que solo en el manuscrito tenían razón de ser, como la poesía o el teatro (por no hablar de todos aquellos que por su contenido crítico, herético o erótico no entraban dentro del cauce de la industria editorial) son buena muestra del mantenimiento de una industria y de modelos de negocio alrededor de la copia manuscrita en el momento del triunfo de la imprenta.

Tanto a finales del siglo XV como en el siglo XIX se levantaron voces (todas ellas muy autorizadas) que presagiaban el final de la cultura y de la literatura, de la propia sociedad si se consumaba el triunfo de las nuevas tecnologías emergentes: la imprenta manual en el siglo XV y la imprenta industrial en el siglo XIX. Algunos en la Francia decimonónica criticaron la “invasión de la democracia literaria” que permiten las nuevas tecnologías, como así se expresa el novelista y académico francés Charles-Augustin Sainte-Beuve en un artículo publicado en la *Revue des deux mondes* en 1863 con el título “De la littérature industrielle”:

Escribir y hacer imprimir será un rasgo cada vez menos distintivo. Con nuestras costumbres electorales, industriales, todo el mundo, al menos una vez en su vida, habrá tenido su página, su discurso, su prospecto, su brindis, será autor. De ahí a hacer su folletín, no hay más que un paso. *¿Por qué no también yo?*, se dirán todos (p. 681).

Una segunda oralidad la encontramos en el siglo XX, con el desarrollo de nuevas tecnologías, de nuevos medios de difusión y conservación del saber a partir del sonido y la imagen: el fonógrafo, el teléfono, la radio, el cine o la televisión. Una segunda oralidad en que se mantienen algunos aspectos que son propios de la primera oralidad, y que explican parte de su éxito, frente a una determinada concepción de la escritura y del texto impuesto a partir del siglo XIX, como ya se ha indicado, de la mano de la industria editorial y del control público sobre lo difundido, que en el siglo XVIII se unirá a la glorificación del autor como “creador” más allá de la AUCTORITAS y de la IMITATIO. Y los puntos en que coinciden la dos oralidades son la mística de la participación, su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente y el empleo de fórmulas. Pero, siendo muchas las similitudes, también son grandes las diferencias, a veces

de posibilidades y de difusión: por un lado, la segunda oralidad ha sido capaz de engendrar un fuerte sentido de grupo, como la primera; pero este grupo es inmensamente mayor que el que podía esperarse en la oralidad griega o medieval: estamos viviendo en la “aldea global” según feliz formulación de McLuhan. Pero al contrario la segunda oralidad, que sigue utilizando la voz como medio de difusión, no hace uso de ella en la composición de los discursos, que se realiza por escrito. La oratoria actual se ha ido alejando de este apartado de la creación para limitarse al de la difusión, por lo que el orador ahora “lee” en voz alta su discurso, y no lo “escribe”, lo compone en la oralidad al mismo tiempo que lo va exponiendo, haciendo partícipe al receptor en el mismo, creándolo a partir de las reacciones de su auditorio.

Este rápido recorrido por la historia del texto en casi tres mil años de desarrollo nos lleva a dos conclusiones que tienen que ver con la situación actual de la difusión y conservación de la información y del conocimiento (y dentro de ella, de la literatura) en la era digital:

a) La aparición de un nuevo soporte de difusión y de conservación conlleva la creación de nuevos modelos textuales, que, inevitablemente comienzan con un periodo de imitación y otro de experimentación; este último no será comprendido ni aceptado, en un primer momento, por una amplia franja de creadores, de lectores, que se apegarán a los usos y modos que les son habituales, potenciando la imitación de las formas externas tradicionales. Así sucede actualmente y así sucedió con los cambios textuales, de lectura, de creación que supuso el triunfo de la escritura frente a la oralidad (siglo IV a.C.), del desarrollo del códice frente al rollo (a partir del siglo II d.C.), del triunfo de la industria editorial frente a la manuscrita en el siglo XVI o el avance de la “literatura industrial” a lo largo del siglo XIX. El nuevo espacio digital de difusión implica cambios en los modelos textuales conocidos ya sea por la limitación de caracteres que se pueden utilizar (como las wikinovelas, limitada a 140 caracteres), o por la capacidad de comunicarse con los lectores (las blognovelas) o de insertar elementos multimedia (hipernovelas o hipermedias)... los nombres son solo acercamientos a una realidad que carece de una única expresión, un único rostro, y pertenecen al portal que la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes dedica a la “Literatura electrónica hispánica”<sup>1</sup>. Poco a poco, lo que ayer eran simples juegos y experimentaciones se van convirtiendo en modelos textuales cada vez más desarrollados.

b) Por otro lado, en los momentos de cambio, en los momentos de aparición de un nuevo modelo de transmisión y de difusión, se hace imprescindible una reordenación del espacio de influencias entre lo tradicional y lo innovador; en este proceso, la nueva tecnología (como la imprenta en el siglo XV o en el siglo XIX, o como la tecnología informática en la actualidad), necesitan, después de pasar un

<sup>1</sup><http://bib.cervantesvirtual.com/portal/literaturaelectronica/index.jsp>



primer momento de imitación de los medios tradicionales, distanciarse de estos y potenciar sus diferencias y posibilidades. Muchos responsables de la industria del manuscrito se rieron cuando apareció la imprenta. No consideraron que su negocio estaba en peligro ya que no se les pasaba por la cabeza que sus clientes (nobles y eclesiásticos) prefirieran tener en sus bibliotecas esos ejemplares “multiplicados” frente a las piezas únicas que ellos ofrecían. Se equivocaron y solo los que trabajaron conjuntamente con la industria editorial en auge pudieron sobrevivir... lo mismo puede decirse del auge de la imprenta industrial del siglo XIX, cuando nacieron algunas de las grandes empresas editoriales que aún hoy siguen liderando el mercado mundial... ¿Quién se acuerda de esos emporios informáticos que se rieron en los años setenta del siglo XX de la llegada de los ordenadores personales y que los despreciaron porque no veían en ellos una fuente de ingresos semejante al que tenían por la venta de enormes y costosos ordenadores para empresas y estados?

Todo es un continuo cambio... un cambio que afecta a la literatura en muchos aspectos; pero sobre todo, cambios que han de hacer reflexionar a la industria editorial. Es cierto que estamos viviendo un mercado dual, de libros impresos y digitales. Pero ¿es este el futuro al que nos lleva la revolución de la aparición y el desarrollo del texto digital o solo la descripción de un presente que nos depara sorpresas a cada instante? ¿Acaso debemos seguir centralizando nuestro análisis tan solo en los problemas de la industria editorial, la aparición de nuevos soportes de lectura como desarrollo de la tecnología informática (de los e-readers de segunda generación con su tinta electrónica al éxito de las tabletas), los modos de adaptar los usos legales y comerciales actuales para preservar la “cadena del valor del libro”? ¿Debemos seguir admitiendo las cifras millonarias de inversión en digitalización patrimonial como el único medio de financiación pública? ¿O ha llegado ya el momento de superar la fase del “incunable del texto digital” y comenzar a plantearnos problemas sobre la naturaleza de los nuevos modelos textuales y su implicación en el acceso o no a la información y el conocimiento, a su divulgación y conservación, a su creación y enseñanza? ¿Acaso no debemos preguntarnos qué consecuencias tendrá en nuestra sociedad el dominio de la segunda textualidad, esa que viene protagonizada por el texto digital o por una nueva modalidad de expresión más amplia, más compleja, más allá de la tecnología de la escritura tal y como la conocemos?

#### EL DESAFÍO DE LA SEGUNDA TEXTUALIDAD: MÁS ALLÁ DEL “INCUNABLE DEL TEXTO DIGITAL”

Dos son las perspectivas de análisis sobre la relación de la literatura en la era digital: por un lado, la que tiene que ver con la creación y difusión de literatura en nuestra época, tanto de modelos textuales novedosos como de los más tradicionales; y el otro la posibilidad de crear nuevos modelos de difusión y análisis de los

textos creados en el pasado y de los testimonios que los han transmitido, al margen de sus características físicas (rollos, códices, libros, grabaciones...). Mi perspectiva irá en este caso encaminada al análisis de la segunda de estas perspectivas.

Los editores, los filólogos, siendo invisibles para muchos, somos, en realidad, necesarios, imprescindibles ante los desafíos y retos que proponen la Sociedad de la Información y del Conocimiento, la tecnología digital y un nuevo modelo de texto que se ha infiltrado en nuestra vida cotidiana y profesional y que, poco a poco, lo irá haciendo también en la literaria: el texto digital. Hasta ahora, hasta el presente, todo nuestro discurso, todos nuestros esfuerzos científicos y tecnológicos han ido encaminados a la reproducción, conservación y difusión de los textos escritos. Las metodologías científicas que se han desarrollado desde mediados del siglo XIX, los esfuerzos editoriales, la industria editorial que se impuso como el monopolio del saber desde el siglo XVI (con sus grandes cambios en el siglo XIX, con la aparición de la imprenta industrial y el desarrollo de los periódicos), los medios habituales para la difusión de los textos en época manuscrita (rollos y códices)... todo se ha basado en la tecnología de la escritura, tecnología que se difundirá en su forma actual en la Grecia del siglo IX a.C., y que, ya sea en su versión manuscrita o impresa, perdura hasta hoy en día... pero con la tecnología digital se está imponiendo un nuevo modelo de textualidad, una segunda textualidad: el texto digital.

Para poder entender un poco mejor el texto digital, quizás sea bueno destacar y comprender las diferencias entre el texto escrito y el oral, entre los primeros modelos de creación y difusión del saber (oralidad) frente al modelo que terminará por triunfar en nuestra sociedad (escritura). Frente al texto escrito, que se basa en una tecnología estática, en unos signos aceptados por una comunidad de hablantes (alfabeto), que deben ser estudiadas y memorizadas para poder decodificar los textos realizados a partir de la misma, y que, por otro lado, necesita también una práctica para poder realizar su codificación, ya sea por medios manuales (cálamo, pluma, bolígrafo, lápiz...) o mecánicos (máquina de escribir, ordenadores...), el texto oral en realidad solo existe en la conjunción de una “urdimbre escrita” y una “trama vocal”, que se unen y vuelven a separarse en la lectura en voz alta, según defendió Jasper Svenbro, en un artículo de 1997:

Jugando con la etimología de la palabra texto (del latín *TEXTUS* tejido), tengo la impresión de que todo sucede como si el texto estuviera formado por una urdimbre escrita y una trama vocal, que se traban en la lectura y se destraban después. Dentro de esa concepción que yo creo que es fiel a la experiencia clásica del leer, el texto no sería por ende un objeto estático, sino el nombre de la relación dinámica entre lo escrito y la voz, entre el escritor y el lector. Así, el texto se convertiría en la realización sonora de lo escrito, escrito que no podría distribuirse o decirse sin la voz del lector <sup>2</sup>.

2 J. SVENBRO. La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa, en Guglielmo

Por tanto, el “texto oral” no puede ser entendido como una “simple” realización sonora, sino que se enriquece (y se llena de matices) en su lectura, los gestos de las manos, los cambios de tono, en esa capacidad de diálogo, de “dinamismo” de la relación entre emisor y receptor.

El texto oral solo tiene sentido en una “relación dinámica” que implica, necesariamente, al lector, al receptor de la obra y es un texto rico en matices, en lecturas, en interpretaciones, en su capacidad de adaptarse al receptor, a sus respuestas, a sus contradicciones. Pero, al mismo tiempo, y ahí tiene la batalla perdida con el texto escrito, el texto oral no tiene capacidad de conservación, pues solo en la memoria —y en este caso, con la posibilidad de crear un nuevo texto oral a partir de su propia experiencia— encuentra un espacio para perdurar, un frágil espacio de conservación, sobre todo en los tiempos actuales. El texto oral es de naturaleza inmediata y, en su difusión, se acompaña de elementos que permiten su recuerdo: fórmulas, motivos, rimas, versos... de ahí que la poesía sea cauce perfecto en que la oralidad encuentra un lugar propio para difundirse.

Desde esta perspectiva y desde la riqueza y complementariedad entre el texto oral y el escrito podemos ahora entender mejor la nueva realidad que ofrece el texto digital frente a la tecnología de la escritura y de la codificación conocida hasta ahora; si al hablar del “texto oral” se hacía hincapié en la “urdimbre” (el tejido que subyace en la etimología de la propia palabra texto), ahora podemos adelantar un nuevo concepto: el de “capas de información”: Se pueden entender los “textos digitales” como capas de información matemática y humana de la información, que, combinados, forman lo que percibimos como “texto”. Definiremos, entonces, el “texto digital” como el texto cuyo proceso de difusión consiste en la codificación de la información por los lenguajes artificiales, y que se presenta materialmente como información lingüística codificada matemáticamente y representada con un forma de escritura humanamente legible.

El texto digital ofrece, entonces, una doble naturaleza: mantiene y continua (aparentemente) la tecnología de la escritura hasta ahora conocida: la capa de información humana que se basa en una codificación lógica y en un registro de los signos gráficos de manera mecánica, y en una descodificación donde se da cita un proceso sensorial para poder llegar al sentido del signo gráfico, que se comprende gracias a un proceso lógico. Esta capa de información, que es la que tenemos en cuenta casi en exclusividad, es la que utilizamos —de una manera sofisticada si se quiere— cuando escribimos un texto en un ordenador (como el presente), en un procesador de textos que me indica en qué página me encuentro, y que tiene como finalidad difundirse en una impresión de ordenador.

---

Cavallo y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 1997, pp. 57-93, cita de la p. 69.

Pero junto a esta capa de información humana se ha incorporado otra capa de información matemática, una serie de procesos lógicos que yo, como usuario, no tengo por qué conocer, pero que son cruciales para que la tecnología informática funcione. En realidad, esta capa de información matemática es la que realmente hace funcionar el complejo entramado de operaciones que los ordenadores nos permiten realizar; su funcionamiento es invisible para el usuario humano, que recibe en la pantalla una información lingüística y una serie de iconos que imitan los modos habituales de la tecnología de la escritura tradicional. Es una tecnología invisible que mantiene el espejismo de seguir viviendo en la tecnología de la escritura, que es la que conocemos desde hace milenios, cuando, frente al aspecto estático que le ha caracterizado hasta ahora, se superpone un aspecto dinámico e interactivo, propio de la tecnología digital.

De este modo, en el texto digital contamos, como ya sucedía con el texto oral, con dos elementos que se dan la mano (escritura y oralidad en el segundo caso y capas de información humana y matemática, en el primero); dos elementos que, por esta razón, permiten al texto digital ofrecer un nuevo modelo de textualidad, que recoge los dos aspectos esenciales que la oralidad y la escritura poseen por separado: por un lado, la interacción con el usuario, con el receptor; y por otro, la conservación del mismo texto, compartiendo los tres, el texto oral, el texto escrito y el texto digital, la capacidad de difusión. De ahí que podamos hablar del texto digital como de un modelo de una segunda textualidad en la que deberíamos seguir indagando, un camino a seguir hacia el futuro que deja obsoletos los modelos textuales actuales y, sobre todo, los modos textuales que intentan imitar la escritura tradicional en los nuevos soportes informáticos.

En la definición que hemos aceptado y hacemos nuestra de “texto digital”, en que se habla de “capas de información”, en que se mezcla y complementa la información humana con la matemática, hemos de dar un paso adelante para poder precisar lo que tiene de innovador y de conservador este mismo concepto. O dicho de otro modo, ¿podemos definir como “texto digital” todo aquel objeto que ha pasado por una digitalización? ¿Acaso la reproducción digital de la página de un manuscrito o de un impreso antiguo (o moderno) hemos de entenderlo como una modalidad de texto digital? Todo lo contrario.

Dentro de la digitalización, y pensando en nuestro tema de análisis más que en esbozar un panorama general que resulta mucho más amplio y complejo, podemos establecer una gradación entre tres aspectos de la digitalización textual, teniendo en cuenta su finalidad, tecnología utilizada y relación con los medios de transmisión analógica a los que ha dado lugar la tecnología tradicional de la escritura<sup>3</sup>:

3 Como en otros casos, la bibliografía sobre las bibliotecas digitales y bibliotecas 2.0 es muy amplia; remito a los siguientes trabajos esenciales donde el lector encontrará las pertinentes refe-

1. Reproducción digital de un manuscrito o de un libro impreso, ya sea por medio de la fotografía digital o el escaneado.
2. Creación o digitalización de textos con la pretensión de ser difundidos fuera del ambiente y de los medios de transmisión digitales, en especial, en el medio impreso: libros, documentos, páginas impresas... En este grupo se encuentran los textos generados (o digitalizados) por las aplicaciones de procesadores de textos más habituales (.doc, .odt, etc.), que basan su estructura y funcionamiento en los medios no digitalizados (la citada “página”, los márgenes, cabeceras, etc.), y que dependen de la citada aplicación para su visualización y comprensión; o de formatos que “cierran” el texto en una determinada imagen, como sucede con el pdf, con todas las nuevas aplicaciones que Adobe ha incorporado en los últimos años. En el universo de los lectores electrónicos de última generación se está imponiendo el formato epub, un estándar que permite realizar diversos cambios de maquetación en el texto electrónico, pero siempre teniendo en cuenta que la unidad de lectura es la página; página que procede del medio analógico, página que se imita en los e-readers, sobre todo en los de la segunda generación, aquellos que utilizan la tinta electrónica.
3. Y por último, tendríamos lo que propiamente sería el texto digital, que utilizaría procesos de codificación más transparentes, pensados no tanto para imitar o emular modelos de transmisión propios de la era Gutenberg, como para poder ser visualizados en la pantalla del ordenador o de una tablet, aprovechando las posibilidades de la hipertextualidad, de la relación de la información en varios niveles (estructural y semántica). Lenguajes como HTML, XML o XHTML están en la base de los hipertextos, de estos textos digitales “propios”, donde las posibilidades de experimentación en el futuro son mayores, puesto que no se trata tanto de emular en el medio digital modelos textuales imperantes en el analógico, como indagar en sus nuevas posibilidades, donde la capacidad de relacionar información (por el creador, el lector

---

rencias: N. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ-VILLAVICENDO. “Bibliotecas de nueva generación (Biblioteca 2.0)”, *Educación y biblioteca*, 161 (2007), pp. 75-84; M. HABIB. “Towards academic library 2.0: development and application of a library 2.0 methodology”, 17 de nov. 2006 < mchabib.com/tag/academic-libraries/>; L. KARLSSON, & Linda MALM. “Revolution or Remedation? A Study of Electronic Scholarly Editions on the Web”, *HUMAN IT*, 7. 1 (2004), pp. 1-46 [<http://etjanst.hb.se/bhs/ith//1-7/lklm.pdf>]; J. M. Lucía Megías. “Biblioteca hipertextual Complutense 2.0. Bases para una biblioteca hipertextual universitaria”, Sara Gómez Seibane y José Luis Ramírez Luengo (coords.), *Maestra en mucho. Estudios filológicos en homenaje a Carmen Isasi Martínez*, Buenos Aires: Voces del Sur, 2010; I. H. WITTEN, D.d Bainbridge y D. M. NICHOLS. *How to Build a Digital Library*, 2ª ed., Burlington: (Mass., U.S.A.), 2010.

y el propio medio) pueden ofrecer experiencias y posibilidades hasta ahora fuera de nuestros pensamientos e investigaciones.

De este modo, el texto digital (aprovechando esa capacidad de multiplicar sus secuencias de lectura gracias a los enlaces, a las posibilidades hipertextuales) permite plantear un camino de innovación, que vaya más allá de la simple reproducción digital de objetos analógicos (fundamento de las bibliotecas digitales virtuales, ya sea de tipo patrimonial o generalista), o de modelos textuales que copian los modelos de transmisión del libro analógico, como proponen los procesadores de textos que utilizamos habitualmente. Estas dos modalidades de la digitalización de la información que nuestra sociedad ha generado hasta el momento es un paso necesario para poder contar en el nuevo medio digital con nuestro pasado, con el conocimiento que nos permita seguir profundizando y aprendiendo; poner “on-line” lo que está “off-line” por tratarse de dos tecnologías incompatibles (la digital y la analógica) es ya una realidad, y mucho más con las grandes inversiones públicas y privadas que se están haciendo. Pero además es necesario que estos datos digitalizados se universalicen, se relacionen, se permita al nuevo medio organizarse de una manera que intente imitar los comportamientos de nuestro cerebro, que posee, dentro de una determinada organización (los dos hemisferios que intentan controlarse mutuamente creando un equilibrio que conforma la esencia de nuestra personalidad y comportamiento, o de muchas de nuestras patologías), también la capacidad de asociar información procedente de diferentes fuentes, siendo la memoria todavía un misterio científico. Estamos en una primera fase de la definición y difusión del texto digital, en que se ha primado la acumulación de información (y en los últimos años la introducción de grandes cantidades de información analógica por medio de los programas de digitalización). Pero esta solo puede ser una primera fase. Hemos de comenzar (como se está haciendo ya), una segunda fase, en que se trabaje tanto desde el punto de vista tecnológico (programas cada vez más transparentes, codificación universal, facilidad de digitalización y de creación de enlaces hipertextuales, donde se prime la automatización), hasta crear nuevos modelos de difusión y de arquitecturas de la información y de la participación, que vayan más allá de las cifras y del número de objetos digitales almacenados. El texto digital está llamado a revolucionar nuestros modos de acceder y difundir el conocimiento, como hasta ahora lo ha hecho con la información, pero lo hará cuando vayamos más allá de la simple acumulación de objetos digitales (como sucede en la gran mayoría de las bibliotecas digitales hoy accesibles en la red) y la imitación del texto escrito tradicional, el que ha superado con creces al permitir introducir elementos propios de la oralidad.

El texto digital encontrará en los nativos digitales, y no en nosotros inmigrantes más o menos convencidos de sus ventajas y posibilidades, su espacio propio para desarrollarse en todas su potencialidades. No olvidemos que hoy en día nos encontramos todavía en la fase del incunable del texto digital, en la fase de la

imitación, aunque ya es tiempo de comenzar a indagar en nuevas posibilidades de organización textual, más allá de las bibliotecas virtuales, de los modelos más tradicionales y obsoletos.

Y solo desde el conocimiento de la filología, de los modelos de difusión de los textos orales y escritos a lo largo de la historia, podremos adentrarnos en el reto de la edición, de la difusión y conservación de los textos del pasado en nuevos modelos editoriales hipertextuales (de las bibliotecas digitales a las plataformas digitales, pasando por los bancos textuales), y en la creación de nuevos modelos de literatura digital, en que la hipertextualidad, la relación con el lector y el aprovechamiento de algunas características habituales del texto oral, como la temporalidad, se haga también una realidad. Una literatura digital en que se lleva varios años experimentando y que en los próximos decenios verá consolidarse nuevos modelos, estándares a partir de los nuevos modelos de lectura y de las costumbres de los usuarios (especialmente de los nativos digitales), como pueden ser las blog-novelas, que ya están haciendo furor en Estados Unidos y en otros países en los que la tecnología digital está más arraigada y lleva más tiempo compartiendo con el mundo analógico espacios de creación y de difusión.

Los editores, como así ha sucedido con la consolidación de la tecnología de la escritura en nuestra sociedad occidental, seguiremos estando ahí en los próximos años para plantearnos preguntas y desafíos científicos y para seguir intentando, a partir de metodologías científicas, ofrecer respuestas, modos de comprender el pasado y el presente; la única manera de poder adelantarnos al futuro.

El texto digital, sus retos y desafíos y las enormes posibilidades que ofrecen en el futuro más próximo para la creación y difusión de nuevas modalidades textuales volverán a colocar a la edición y al editor en el lugar protagonista que se merece en las Humanidades Digitales. En nuestra mano está conseguirlo.

